Nº 555
3
Diciembre
2021
Viernes

Jugar con los dineros

Emilio Álvarez Frías

Esto es lo que está haciendo Pedro Sánchez día sí y el otro también. Promete a unos y otros cantidades importantes para que arreglen sus problemas, acuerda en el consejo de ministros aportaciones para este o aquél rifirrafe que se ha producido en no pocos lugares de España como consecuencia de tormentas importantes, con insospechados aguaceros, o aprueba y promete que todo el daño que están causando las erupciones que insistentemente está lanzando el volcán de Cumbre Vieja de la isla La Palma serán compensadas restituyendo a cada ciudadano, a cada familia, lo que perdió. Son promesas que, a medida que va pasando el tiempo del momento en que tuvo lugar el desastre, se va comprobando que no se cumplen. Son como la promesa hecha a los españoles de que cuando termine el año 2021 no habrán pagado más por el suministro de luz que en 2018.

Son promesas que Pedro larga con gran desparpajo, que de momento tranquilizan a las gentes que están limpiando las viviendas asoladas por una riada, que han perdido casa y medios de supervivencia por culpa del volcán, y que pasando los días va quedando en el olvido.

Y en sus promesas acuerda el tema de los ERE y pasa el tiempo y a no pocos no les llega ni un euro; o los acuerdos de ayuda a los que el volcán ha dejado en la calle y siguen sin recibir nada de lo acordado; y concede una ayuda a los jóvenes para que puedan desarrollar su cultura; como el sueldo mínimo vital, ayuda que no pocos siguen sin percibir a pesar de haber rellenado numerosos papeles; y un largo etcétera.

Sin embargo sí se materializan rápidamente los acuerdos del ministerio de Irene para que unas chicas hagan un estudio sobre la mujer del que, de entrada, se sabe que no llegará a ninguna parte; o de las concesiones a los sindicatos para que echen a Pedro una mano en sus relaciones con los trabajadores necesitados que están a verlas venir; o para la contratación de los

cientos de asesores que existen por todas partes y no aportan nada para que el país se enderece; y otro largo etcétera.

Aunque, si Pedro Sanchez intentara cubrir todas esas promesas, se las vería moradas para sacar el dinero necesario dado que las arcas públicas no están en su mejor momento, pues por el camino de continuo endeudamiento que lleva hipotecará a futuras generaciones de españolitos. Y si hablamos de las promesas de la UE de ayuda para salir de la pandemia cada vez encuentran más tropiezos gracias a la actuación de la ministra de trabajo y a unos presupuestos aprobados que no responden a la realidad de la España que nos está tocando vivir, y que Europa considera se han de tomar distintos atajos a los que ahora intentan implantar.

Total, que estamos lanzados a terminar un año 2021 con la alegría que, a Dios gracias, aportan los españoles a pesar de sus gobernantes, con la esperanza de que el próximo 2022 sea el de la liberación de estos mostrencos y malvados gobernantes al menos en relación con la ideología que pretenden implantar. Pero, a pesar de todo, España saldrá de esta agonía. Siempre lo ha conseguido y no va a ser esta la primera vez que claudicara. Nosotros no lo hacemos, no perdemos la esperanza. Y más en estos momentos en los que, aunque nuestros paisanos se comporten con un barniz laico, en el fondo siguen creyendo que Jesús nació en Belén, y comiendo o bebiendo pensarán en Él y hasta es posible que no pocos canten algún villancico. En el entretanto, con el Belén que hoy nos acompaña, salido de la alfarería Aparicio, de Bruño, La Coruña, aprovecharemos el tiempo de adviento para irnos preparando, por lo que esta hoja digital reducirá su aparición a lunes, miércoles y viernes.

* * *

El Supremo, la lengua y el triaje nacionalista

Agustín Valladolid *(Vozpópuli)*

El blindaje del uso del castellano en la escuela catalana por parte del Supremo es una decisión de muy largo alcance que rompe la estrategia del secesionismo

Ser juez o fiscal en Cataluña es más que un trabajo; es casi un apostolado. Algunos siguen allí por vocación, conscientes de que en ciertos sitios ocupan la última trinchera. Los más, por pura necesidad. Otros, sin embargo, no han soportado la presión. Desde 2017 el número de jueces y fiscales que piden el traslado a otros lugares de España se ha disparado. En 2020, el Consejo General del Poder Judicial se vio obligado a destinar a Cataluña a 9 de cada 10 nuevos jueces de la promoción de ese año, la 69. De los 188 que integran la más reciente, la septuagésima, 73 ocuparán plaza en Cataluña, que volverá a ser, con mucho, la primera comunidad receptora de nuevos togados.

Algo similar ocurre con policías, guardias civiles y los profesores que siguen defendiendo la convivencia natural y pacífica del catalán y el castellano. La

precariedad ambiental en la que viven los funcionarios del Estado en Cataluña es la norma. Precariedad que, en no pocos casos, deriva en clandestinidad. El temor no llega al nivel del padecido por los policías que en Euskadi, durante los años duros del terrorismo etarra, no se atrevían a colgar la camisa del uniforme en el tendedero del patio interior, pero en algunos lugares de la Cataluña profunda se le parece bastante. No te disparan, pero te señalan. No ponen bombas, pero envían espías a las escuelas para anotar en sus libretas negras el nombre de los que se expresan en castellano. De alumnos y de enseñantes.

El clima en el que viven muchos ciudadanos en Cataluña es tan inquietante, tan amenazador en ocasiones, que ninguna autoridad, salvo las de la Administración de Justicia, tiene el atrevimiento de intentar recuperar territorios arrebatados al constitucionalismo. Y no digamos ya si el terreno en el que pretendemos ejercer nuestros derechos constitucionales es el de la enseñanza. Apenas un puñado de estudiantes universitarios ponen puntualmente en evidencia a unas autoridades académicas que, para vergüenza de la libertad de cátedra, dan cobertura a los escuadrones que buscan convertir las universidades catalanas en campos de entrenamiento independentista; a comandos adiestrados en la escuela identitaria que puso en marcha el pujolismo. Porque fue entonces cuando empezó todo. Con Pujol.

Todo empezó con Pujol

Fue en los años 80 del siglo pasado cuando el entonces molt honorable president de la Generalitat dio precisas instrucciones para que en los procesos de selección del profesorado se introdujeran fórmulas de valoración de los candidatos de acuerdo con sus usos lingüísticos e inclinaciones ideológicas. Hoy, tras casi cuarenta años de sistemático triaje nacionalista, el mapa del profesorado catalán es una de las losas con las que se pretende enterrar el constitucionalismo. Sin duda la más pesada. Pujol sabía lo que hacía. Apostó por el medio y largo plazo para construir una sociedad autosuficiente, cada día más distanciada del proyecto común, consciente de que solo conseguiría su objetivo mediante la intervención del sistema educativo; sin interferencias externas.

Tarde, pero Oriol Junqueras ha terminado por aprender la lección. No hay prisa. Tampoco la tiene Bildu. El procés quiso ser el Bannockburn del Estado y acabó siendo el del independentismo. El líder de Esquerra sabe que hace falta tiempo para ampliar la base social y volver a intentarlo. Las líneas rojas ya no son tan nítidas, y ahora el objetivo es consolidar a Sánchez para que repita victoria en las urnas; para evitar por todos los medios que una alianza

PP-Vox instale a Casado en Moncloa. Pero que no haya líneas rojas no significa que el independentismo, en según qué cosas, esté dispuesto a ceder. La lengua y el modelo de inmersión son intocables. Porque no se trata de derechos, ya plenamente reconocidos, sino de instrumentos imprescindibles para agrandar la masa crítica del secesionismo y culminar algún día el desenganche del Estado.

Rufián: «Para ERC el tema de la lengua es sagrado». Para el independentismo, ciertamente, la inmersión es mucho más que un simple ejercicio de reequilibrio, o si se quiere de autodefensa; se trata sobre todo de una coartada con la que se busca justificar el arrinconamiento del castellano en las escuelas, la ocupación de los medios y el control de la comunicación de masas en sus más diversos formatos. La lengua, en prosa o poesía, no es el arma cargada de futuro de Celaya, sino los cimientos sobre los que se levanta, palmo a palmo, el muro de exclusión al que aspira el supremacismo. Y el declive del castellano la condición sine qua non para culminar el proceso de desistimiento de los restos del constitucionalismo.

Por eso no pueden admitir que el Tribunal Supremo haya consagrado el modelo que ampara a las familias que reclamen que el 25 por ciento de las materias, como mínimo, se imparta en castellano. Y es que la providencia en la que el Supremo ratificaba la sentencia de 2014 del Tribunal Superior de Justicia de Cataluña (TSJC) no es un revés puntual para el independentismo, sino una firme e inalterable fortaleza jurídica desde la que defenderse de las arremetidas de los secesionistas y promover, con el apoyo si llegara el caso de las instituciones europeas, la recuperación de un clima que haga posible la coexistencia de dos lenguas en igualdad de condiciones. Justo lo que no quiere el nacionalismo; justo lo que a partir de ahora cualquier ciudadano podrá exigir con pleno respaldo legal. Los jueces, la última trinchera.

La postdata: ZP se lleva bien con Sánchez; ya me quedo más tranquilo

Pedro Sánchez y José Luis Rodríguez Zapatero se llevan estupendamente. Era, dicen, un secreto a voces. Sin embargo nadie da explicación convincente sobre el cambio producido en una relación que empezó torcida, hasta el punto de que durante mucho tiempo Sánchez no tragaba a ZP. Quizá, apunta alguien, la razón de la mejoría esté en que el presidente del Gobierno podía llevarse mal o con González o con Zapatero, pero no con ambos a la vez. Por el interés te quiero Andrés.

Lo cierto es que Zapatero «se arremangó para atar los votos que el PSOE necesitaba más allá de Unidas Podemos», según nos ha contado Iolanda Mármol y ha confirmado Gabriel Rufián. «Respaldo al presidente del Gobierno y secretario general del PSOE por convicción y por lealtad», le ha dicho ZP a *El*

Periódico de España. Este mismo medio, citando fuentes del entorno del expresidente, señala que la relación entre uno y otro ha crecido desde la moción de censura contra Mariano Rajoy hoy es de «absoluta confianza. Cada mes o dos meses se ven, quedan a comer o se toman un café». Y yo, qué quieren que les diga, desde que me he enterado de esta adorable historia de la amistad recobrada, es que duermo mucho más tranquilo.

* * *

Se trata de acabar con España

Ramón Pérez-Maura *(El Debate)*

Sánchez sabía que recoger el voto de independentistas implicaría, antes o después, tener que hacer concesiones ante ellos. Es decir, sabía qué consecuencias tendría gobernar con partidos que defienden sin tapujos la ruptura de España

Día a día se suceden los ejemplos de cómo este Gobierno pretende acabar con España. Hasta ahora yo creía que simplemente estaban dispuestos a mantenerse en el poder a cualquier precio. Empiezo a comprender que el objetivo es otro.

El Partido Socialista apoyó el martes a Bildu en las Cortes en el rechazo a la ley que pretendía prohibir explícitamente las bienvenidas a casa de presos de ETA que se celebran en las localidades gobernadas por filoetarras. Con esta iniciativa el PSOE está incumpliendo la Ley 29/2011 de 22 de septiembre sobre la Protección Integral de las Víctimas del Terrorismo que ya imposibilita (en teoría) esas celebraciones. Pero el PSOE prefiere no cumplir la ley.

Como no se cumple en la mayoría de los municipios del País Vasco, Cataluña y la mitad de Navarra la ley de banderas. Pero qué más da. Jamás hay que molestar a los independentistas y hay que permitir que vayan zapando el terreno bajo nuestros pies.

Y, entonces, hay una sentencia del Tribunal Superior de Justicia de Cataluña, no del Supremo. El Supremo se ha limitado a inadmitir un recurso. Esa sentencia del Tribunal Superior de Justicia de CATALUÑA (no de Madrid) obliga a dar el 25 por ciento de las asignaturas en castellano y el Gobierno de la Generalidad proclama a los cuatro vientos que va a incumplir la ley. Y Sánchez mira para otro lado. Pruebe usted querido lector a incumplir una sentencia dictada contra usted y veremos qué suerte tiene. Pero en este proceso incuestionable de destrucción de España, los que buscan ese objetivo pueden perpetrarlo porque el Gobierno de la nación depende de ellos. Y esa es la forma de llevar adelante tus postulados. Y Sánchez sabía que recoger el voto

de independentistas implicaría, antes o después, tener que hacer concesiones ante ellos. Es decir, sabía qué consecuencias tendría gobernar con partidos que defienden sin tapujos la ruptura de España.

Y claro, también busca la destrucción de España un partido que reforma por enésima vez la ley de Educación y ahora permitirá el paso de curso de los alumnos con suspensos. ¿Qué beneficio tiene eso? Evidente: la expansión de la mediocridad, la falta de preparación de las próximas generaciones facilita el control de la sociedad por una minoría más cultivada. Miren cómo los nacionalistas e independentistas catalanes que prohíben el uso del español en las escuelas públicas mandan a sus hijos a colegios privados internacionales, no a esos institutos concebidos para adocenar a la población.

Y por si faltara algo, ayer los partidos del Gobierno se alinearon con los que quieren acabar con la libertad de expresión, violando el artículo 20 de la Constitución. El PSOE apoya ahora a Bildu cuando pide que se expulse del Congreso a algunos medios de comunicación. Ya se les ha olvidado cuando todos los medios pedíamos que se autorizara la publicación de *Gara*, el periódico de Herri Batasuna, que justificaba sin pestañear los asesinatos. Porque algunos creemos en la libertad de expresión y otros no. Otros quieren romper la España democrática.

Con todos estos elementos, todos los que se han estado callados ante el precio de la luz, por poner un ejemplo de los muchos posibles, volverán a tomar las calles y atacar a una Policía que este Gobierno va a dejar más desarmada que un bobby inglés. Están haciendo todo lo posible para que España sea ingobernable mañana con un proyecto de centro derecha. Están haciendo lo inimaginable para acabar con España. Conscientemente.

* * *

La Iglesia de los pobres

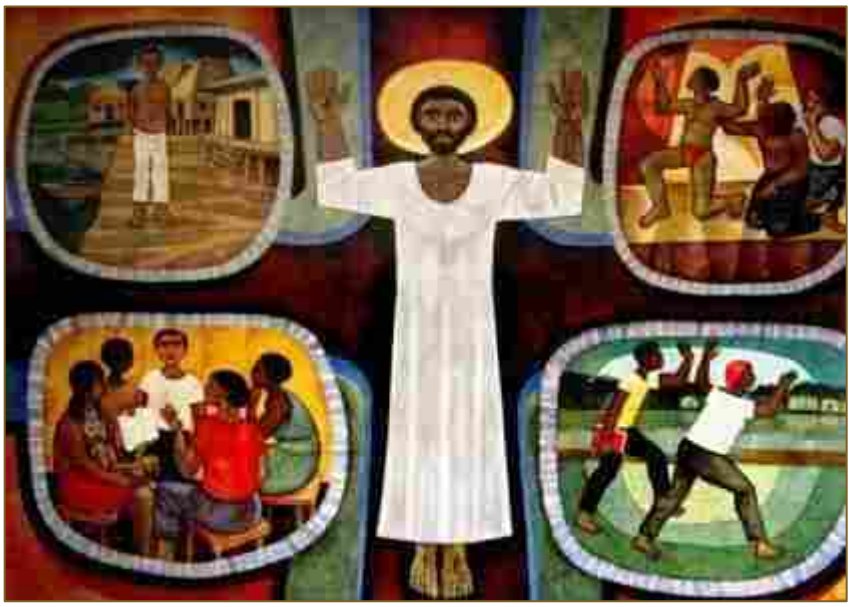
José María Méndez

Hace ya bastantes años estuvo de moda la llamada «Teología de la Liberación». Se hizo popular la expresión «iglesia de los pobres». Caracterizaba bien la idea central de esa doctrina. El acento se ponía menos en la salvación en la otra vida y más en combatir las injusticias sociales de aquí abajo. No se prometía la felicidad en el más allá o en el cielo, sino en el más acá o en la tierra. Y esta felicidad terrenal empezaría por erradicar la pobreza. La acción de la Iglesia debía focalizarse como primera finalidad en luchar contra la explotación de los pobres por los ricos

La genial clarividencia del Papa San Juan Pablo II logró cortar de raíz aquella burda desviación del mensaje de Jesucristo. El Hijo de Dios devolvió la vista a algunos ciegos, pero no a todos. Curó a muchos leprosos, pero no a todos. Y mucho menos se mezcló en asuntos políticos, como liberar a los judíos de la dominación romana. Jesucristo se encarnó y murió en la Cruz para abrir las puertas del cielos a «todos» los seres humanos, ricos y pobres. Los pecados de los pobres no están menos necesitados del perdón divino que los pecados de los ricos.

El apelo exclusivista a la «iglesia de los pobres» es una clara perversión del Evangelio, por muy comprensibles y respetables que fueran las intenciones de sus promotores. La buena nueva no consistiría ya en que se han abierto las puertas del cielo para los pecadores arrepentidos, da igual si pobres o ricos. La buena nueva sería ahora que la Iglesia ha asumido como su tarea primaria la lucha contra la pobreza en el mundo.

El cuidado por los pobres siempre ha figurado en el cristianismo como una de las más elementales obras de misericordia. Una recomendación para la conducta de las personas singulares, y una inspiración para tantas asociaciones benéficas que han surgido en la Iglesia a lo largo de la historia. Pero nunca la ayuda a los pobres se convirtió, al menos teóricamente, en la finalidad principal o prioritaria de la Iglesia.



La misión primaria y fundamental de la Iglesia es recordarnos que estamos en este mundo de paso, «in via», y que lo que en definitiva cuenta es la salvación eterna. «In patria». Esta fue la predicación constante de aquel gran Papa, que verdaderamente merece el calificativo de «Magno», aunque sólo fuera porque acabó con la nefasta teología de la liberación.

Y sin embargo, de nuevo se oye la vieja cantinela de la «iglesia de los pobres». Otra vez, en las homilías oímos predicar demasiado poco del cielo y demasiado mucho de la tierra. Otra vez en los documentos eclesiásticos se habla demasiado poco de la salvación eterna, o casi nunca, y se insiste demasiado mucho en las injusticias sociales, o casi siempre.

Coloquemos esta ardua cuestión en un nivel estrictamente teórico. No tratamos aquí de las personas sino de la lógica de sus ideas.

Dentro de esta perspectiva, hagamos un experimento mental, como llaman los científicos a aquellas situaciones que no pueden darse en los laboratorios, sino en sólo en nuestra imaginación. Supongamos que milagrosamente la teología de la liberación ha conseguido su objetivo. Ha alcanzado pleno éxito. Ya no hay pobres. Todo el mundo es rico. Los teólogos de la liberación se han quedado sin trabajo. Ya no pueden clamar contra la pobreza, por la sencilla razón de que ya no existe.

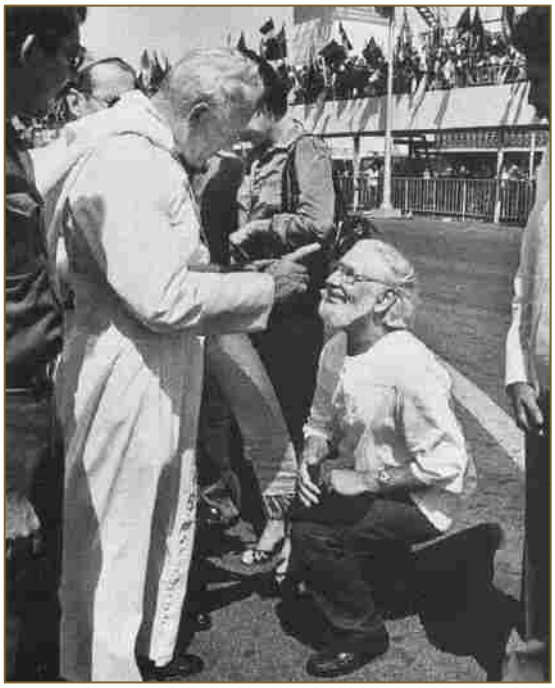
La cartera de toda persona está repleta de billetes grandes. O hay en ella una tarjeta oro respaldada por un saldo abundante en la correspondiente cuenta bancaria. De acuerdo. Pero junto a su cartera está el corazón. ¿Y qué hay en

él? ¿Han desaparecido acaso los malos sentimientos? ¿O quizá siguen anidando en él las viejas pasiones de siempre: odio, envidia, resentimiento, celos, rencor, deseos de venganza, ambición de poder, etc., etc.?

Hagamos incluso la concesión de que ha eliminado la codicia, la avaricia, el deseo de tener más riqueza que el vecino. Nadie envidia a nadie porque tenga más dinero. Pues a nadie le falta lo suficiente para permitirse el capricho que quiera. De acuerdo. Pero eso es compatible con que se envidie a alguien por ser más guapo, o más listo, o más simpático, por tener mejor salud o por cualquier otro don que él tenga y yo no. Por tanto, ni siquiera el veneno de la envidia habría desaparecido del todo.

Así pues, del supuesto de que no hubiera pobreza en el mundo no se infiere que los hombres fuesen automáticamente felices aquí abajo en la tierra. Más bien se deduce que seguiría habiendo guerras, abusos, injusticias, engaños y traiciones como hasta ahora. El escenario de la cruel y feroz humanidad no cambiaría por el hecho de que todos fuesen ricos y nadie pobre.

Haciendo uso de algo de lógica, concluyamos que el «estado de bienestar», del que hablan los economistas y por el cual suspiran los teólogos de la liberación, es una condición necesaria, pero no suficiente, para la felicidad terrenal. En el supuesto de que esté cumplida esa *«conditio sine qua non»*, quedaría pendiente la cuestión de la suficiencia. ¿Dónde está? ¿Cómo encontrarla?



A mi juicio, este experimento mental nos brinda dos grandes enseñanzas.

La primera es que los que prometen la felicidad en la tierra gracias a la sola abundancia de bienes materiales, son unos engañadores, unos vulgares timadores. Y además unos ignorantes en lógica. Confunden la condición necesaria «no A → no B» con la condición suficiente «sí A → sí B». Que todos seremos felices, si somos ricos, es la sutil falacia con que la teología de la liberación se engaña a sí misma. Da por supuesto que el dinero nos hará mejores. Sin duda es una triste realidad que la falta de dinero hace a muchos hombres peores. Pero tampoco de ahí se deriva la utópica conclusión de que la riqueza los hará infaliblemente mejores.

La segunda gran enseñanza es que sólo en Jesucristo está la suficiencia que buscamos. La felicidad humana hay que buscarla en la regeneración de los corazones, en la purificación de los sentimientos, en el «arrepentimiento de los pecados» –incluso es ya rara esta expresión– y en el perdón que Cristo logró para todos los que sinceramente lo pidan.

Esa felicidad no es de este mundo. Está en el más allá. Y sin embargo, cuando recibimos el sacramento de la penitencia, vislumbramos aquí abajo un atisbo de esa felicidad suprema. Lo mismo que cuando tenemos la suerte de estar rodeados por personas que nos quieren y luchan contra sus pasiones y malas tendencias. La buena nueva del Evangelio es saber que, gracias a la muerte de Jesús en la Cruz, esos fugaces remansos de felicidad terrena se pueden convertir en la auténtica felicidad eterna, la verdadera meta a la cual aspira el corazón del hombre.

Estamos hechos para ser felices con Dios en el cielo. Nada menos que eso. La felicidad de tercera clase, que se despacha bajo el equívoco lema «iglesia de los pobres», es un timo, un vulgar engaño, un fraude. Recordemos la conocida frase del genuino teólogo de la auténtica liberación: «nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti».

* * *